

El mollete está frío otra vez

SEBASTIÁN QUIROZ RUIZ



La entrevista de Rodrigo era a las doce. Hace una semana recibió un correo de la Bay Area Tech Company (BATCH) felicitándolo por pasar a la primera ronda de entrevistas. A pesar de las felicitaciones y de mencionar lo impresionados que estaban con su currículum, el correo le pareció distante. Las palabras eran las adecuadas, sin embargo fracasaban en su intento por transmitir emoción y buen ánimo, acababan siendo víctimas de un entusiasmo automatizado reproducido entre quién sabe cuántos candidatos para el puesto de AI Trainer.

El correo incluía una serie de horarios para el lunes y un *link* para conectarse a la entrevista. Rodrigo escogió el que le permitiera despertar sin prisa, ir al club a hacer ejercicio, bañarse y regresar con calma al departamento de la San Miguel. La mañana transcurrió tal y como Rodrigo la había planeado hasta el desayuno, cuando se dio cuenta de que el mollete estaba frío. El problema eran los frijoles. El alud blanco y burbujeante del queso le había hecho creer que el desayuno estaba listo, pero los frijoles nunca se calentaron.

Dejó los platos en el fregadero, se sirvió café y caminó al sillón. El sol caía encima de una areca seca y solitaria. La palma y un par de fotos en el librero eran los únicos vestigios de vida en la sala. Salvo una pintura que se llevó de casa de sus padres, lo demás era nuevo, yermo, gris.

Antes de echarse al sillón, sacó el celular del pantalón. Apenas eran las diez. Había tiempo. Aprovechó que tenía el celular en la mano para mirar sus redes. Abrió y cerró aplicaciones buscando nuevas historias y mensajes, pero el mundo no tenía más que decirle desde aquel último pedazo de mollete.

Rodrigo brincó de una aplicación a otra, de un video corto a otro, y luego a otro y otro más. Su memoria muscular se había vuelto más ágil. Ver y dejar de ver era un impulso casi inconsciente. El contenido lo entretenía lo suficiente como para seguir moviendo el dedo. Sus ojos lanzaban miradas ocasionales a la hora y regresaban a las jugadas de fútbol, a los conciertos, a los gritos de la gente, a las noticias de la guerra, discursos de políticos, escándalos de famosos, rutinas de ejercicio, líderes de opinión, influencers, recetas fáciles, consejos para quedarte dormido. No había nadie y todo el mundo estaba a la vez.

Cuando sólo quedaba un chorrito de café, Rodrigo se levantó del sillón, caminó al cuarto, abrió el cajón del buró y sacó sus medicinas. Apiló cinco cápsulas y pastillas en su mano derecha, y con lo que quedaba de café se las metió a la boca. Caminó de vuelta a la cocina y llenó su termo de agua. Agregó unas gotitas de esencia de lavanda que le dio su mamá y volvió al sillón.

El celular vibró por primera vez en el día. Era su madre. Colocó el teléfono en la mesa hasta que dejó de vibrar. Lo tomó y abrió de nuevo sus redes. Encontró un video sobre la siguiente crisis económica. Luego uno con los mejores momentos de los Grammys. Otro con aviones bombardeando ciudades, nostalgia de fin de siglo, cinco señales de que estás envejeciendo antes de tiempo. El contenido era infinito, masticado y digerido para su entretenimiento. Una extraña noción de bienestar creció dentro de él. Su cuerpo parecía relajarse. Recostado en el sillón de siempre, su cuello por fin descansaba y la cabeza dejó de pesarle.

Las ganas de ir al baño fueron casi inmediatas. Apenas alcanzó a ir por su libro. Al sentarse, dejó el libro en el piso y sacó el iPhone nuevamente. Veinte para las once. Revisó por si acaso sus redes, pero no había mensajes ni correos ni nuevos matches. Sólo publicidad. Almohadas ortopédicas. Proteína. Clases de surf en Puerto Escondido. Retiros de silencio. El algoritmo tomaba sus necesidades y le devolvía experiencias, productos, paliativos. Rodrigo se sintió descorazonado. El teléfono volvió a vibrar. Otra vez era su madre.

—¿Qué pasó, ma? Estoy ocupado, ¿te marco en dos? —y colgó sin esperar respuesta. Salió del baño, recuperó el termo y caminó a su estudio. Se sentó en la silla que le compró su madre, recargando la cabeza en el soporte ergonómico especial para gamers. Prendió el monitor y la MacBook. Abrió el correo de BATCH con la liga a la entrevista. En otra pestaña abrió Instagram. En otra Hinge. Luego Twitter. LinkedIn. Regresó a Instagram. Vio la hora y le marcó a su madre.

La mujer no tardó en contestar. Algo tiene su madre que lo enerva, pero Rodrigo no sabe ni se pregunta qué es. Ella simplemente lo da por hecho.

—¡Hola, Ro! —dijo la voz del otro lado. Era una voz gangosa aunque dulce, de un entusiasmo envejecido y honesto. —¿Cómo estás, mijito?

—¿Qué pasó, ma? —repitió Rodrigo, con su suspiro inaugural de hartazgo.

—¿Cómo estás? —repitió su madre.

—Bien.

—¿Ya estás listo para tu entrevista?

—Sí, ma. De hecho, casi no tengo tiempo.

—¿Estás nervioso? ¿Cómo dormiste?

—Más o menos.

—¿Te está sirviendo la lavanda?

—Supongo.

—¿Te estás tomando el escitalopram?

—Sí —respondió seco.

—¿En serio?

—¡Que sí! Y el magnesio, la vitamina B y todo lo que me diste.

La mujer continuó como si nada:

—Lo que traes es estrés por la entrevista.

—No, mamá: llevo días sin dormir bien. Ya te dije que me duele el cuello, no aguanto la cabeza: son las almohadas; están aguadas y viejas.

—Ay, bueno, pues —respondió su madre—. Compra nuevas, pídelas por Amazon.

Rodrigo no dijo nada antes de preguntar.

—¿Sabes si puedo tomar analgésicos con la pastilla?

—Si te está doliendo mucho, tómate un Tempa.

Y aprovechando la duda, la mamá de Rodrigo preguntó:

—¿Quieres que te haga cita con De La Cava-da? Insisto en que son los nervios.

—No voy a contestarte.

—Ay, qué pesado eres, Rodrigo. Bueno, y ¿qué más? ¿Fuiste al club en la mañana?

—Sí. Rosendo Larios les manda saludos.

—Ay, Rosendito. Dile que igual. Oye —dijo, de pronto, emocionada—. ¿A quién crees que me encontré el otro día?

—¿A quién? —respondió Rodrigo.

—Adivina —respondió su madre juguetona.

—No, pues, no sé, ma.

—A Maite Carmona —dijo enfatizando las primeras y últimas sílabas del nombre y del apellido que la acompañan.

—¿Y?

—Ya sabes: un encanto. Acaban de volver de Estados Unidos. Fueron a dejar a Santiaguito a Harvard. Y, ¿qué crees?

—¿Qué?

—Rober está a punto de ser papá.

—Ese güey... —respondió Rodrigo malhumorado.

—Ay, ni te hagas que eran súper cuates en la prepa. Te encantaba irte con él a Mali.

—Mamá, estás hablando de hace años —dijo, medio molesto, medio sonriendo, medio infantil. Inmediatamente, se compuso y preguntó por Monse.

—De ella no me dijo nada, fíjate —contestó con un dejo de complicidad. Seguramente sigue con el novio.

Aprovechando que, por primera vez en la llamada, el diálogo fluía, la señora se aventuró a preguntarle a su hijo:

—Bueno, ¿y tú cuándo me vas a presentar a alguien? ¿Eh?

Su hijo se cerró como una flor tímida. Se sintió expuesto, cuestionado, débil.

—Sí te das cuenta de que en menos de una hora tengo una entrevista de trabajo, ¿verdad?

—Ay, tranquilo —dijo la madre. Mejor cuéntame a quién más viste.

—¿En dónde?

—En el club.

Pero Rodrigo no cedió.

—A mucha gente, mamá...

—Qué grosero eres a veces —se defendió su madre.

—Pues es que, ¿qué quieres que te diga si ya sabes a quién vi? A las mismas personas que llevan años yendo al club cada mañana.

—Está bien, está bien... —dijo resignada y se despidió. Bueno, pues cuídate mucho, mijito —y agregó—, dice tu papá que mucha suerte en tu entrevista. Aquí está a mi lado, escuchándote.

—¡Hola, pa! —contestó Rodrigo con un tono diferente.

—Ya se fue —respondió su madre, y apurada por terminar la llamada, concluyó —Bueno. Me cuentas cómo te fue. Cuídate esa espalda.

—Es el cuello —aclaró Rodrigo.

—Love you, bye.

Rodrigo vio la hora. Media para las doce. Pensó en masturbarse, pero no encontró videos que lo excitaran y por primera vez

sintió el tiempo encima. En los treinta minutos que le quedaban lavó los platos, tendió la cama y metió ropa en la lavadora. Abrió el refrigerador, sacó la crema de cacahuete, se metió una cucharada a la boca y se pasó con leche el mazacote. Finalmente, tomó un plátano y se lo fue comiendo camino al estudio.

Tiró la cáscara a la basura, se sentó en su escritorio y por un instante no supo qué hacer. Luego prendió la cámara e hizo pruebas de encuadre. Rodrigo quería asegurarse de que la imagen capturara a alguien pulcro, competente, seguro de sí mismo. Ordenó su escritorio, tiró papeles, acomodó ciertos libros y una vez que la imagen quedó lista para presentarse, abrió sus redes. Comparó la imagen que había creado con la de sus amigos y antiguos compañeros de carrera. Se pensó en un buen partido. Estaba listo.

La entrevista duró menos de lo previsto. Desde el comienzo, Rodrigo se sintió perdido y sobrepasado por su interlocutor. Si le preguntaran, no podría responder cuáles fueron las preguntas ni cuáles sus respuestas, aunque la máquina las interpretaba y devolvía perfectamente organizadas, claras y convincentes.

Nunca le quedó claro cuál era el objetivo de la entrevista, ni con base en qué lo habían calificado. Lo único que recuerda es que la voz metálica detrás del retrato de un hombre blanco en sus cuarentas, vestido de traje negro, camisa blanca y corbata azul, decía que se llamaba "Garth".

Rodrigo cerró la ventana, se quitó los audífonos y abrió su correo. Pensó que, al menos, habría un correo de agradecimiento y, en el mejor de los casos, con próximos pasos. Después de todo, la entrevista había sido tan rápida que el veredicto no tendría por qué no serlo. Pero no había nada nuevo. Echó un vistazo a sus redes, se levantó del escritorio y caminó a la cocina para rellenar su termo. El agua caía llenando el recipiente de acero inoxidable haciendo todo un escándalo, cuando el iPhone vibró tres veces.

Dejó el termo en la mesa, sacó su celular del pantalón y vio un correo, un mensaje y un SMS entrando a la vez. Todos decían lo mismo: *Su pedido está llegando en este momento.*

